Serie *Isla de Mure*

Jenny Colgan

El camino para llegar hasta mí

Planeta

JENNY COLGAN

EL CAMINO PARA LLEGAR HASTA MÍ

Traducción de Lara Agnelli

Planeta

Título original: *Summer Seaside Kitchen*

© Jenny Colgan, 2017
© por la traducción, Lara Agnelli, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Imagen del interior
© Angorius / Shutterstock

Primera edición: marzo de 2020
ISBN: 978-84-08-22503-4
Depósito legal: B. 2.910-2020
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S.L.
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Si has viajado alguna vez a Londres en avión...

Al principio había puesto: «¿Sabes cuando viajas a Londres en avión...?», pero luego he pensado: «Vaya, eso podría sonar presuntuoso», como si quisiera chulear de pasarme el día volando de aquí para allá, y nada más lejos de la realidad. La verdad es que siempre compro el billete más barato, lo que implica que tengo que levantarme a las cuatro y media, o sea que la noche antes no pego ojo por miedo a no oír la alarma. Y luego acabo gastándome más dinero porque a esas horas el taxi me cuesta una fortuna y además tengo que tomarme un montón de cafés a precio de oro... Vamos, que me saldría más a cuenta comprar un billete a una hora razonable, pero da igual.

A lo que iba.

Si has viajado alguna vez a Londres en avión, sabrás que a veces te hacen sobrevolar la ciudad en círculos hasta que queda un sitio libre donde estacionar el aparato. Normalmente no me importa. Me gusta ver cómo se extiende a mis pies la gran ciudad, tratar de imaginarme a la multitud de personas que se afanan por sus calles. Pensar que todos esos millones de personas cargan con sus sueños, sus esperanzas y sus decepciones, calle tras calle hasta donde alcanza la vista. Me sobrecoge, pero de un modo agradable.

Y si hubieras estado dando vueltas sobre Londres en este día

de comienzos de primavera habrías visto la sorprendente extensión verde que parecía no tener fin. Daba la sensación de que uno podía echar a andar en dirección al oeste y cruzar la ciudad de parque en parque. Hacia el este, en cambio, las calles apiñadas daban a los espacios congestionados un tono mucho más gris. Junto al río, la noria resplandecía al primer sol de la mañana; los barcos navegaban arriba y abajo sobre el agua, que a veces brilla y otras parece sucia. Londres cambia constantemente ante nuestros ojos. Han aparecido grandes torres de cristal sin que nadie las llamara. Pasamos sobre la cúpula del Millennium, estamos perdiendo altura. Ahí está la punta reluciente del Canary Wharf, que en su día fue el rascacielos más alto del país. Con una estación de tren que para en medio del edificio, supongo que en 1988 debió de causar sensación.

Imaginémonos que pudieras acercarte más; hacer *zoom* como si estuvieras en un Google Maps de verdad, uno en el que se hacen más cosas aparte de echarle un vistazo a tu casa (aunque puede que eso sólo lo haga yo).

Si siguieras bajando, pronto la ciudad dejaría de parecer serena. Dejarías de verla con los ojos de un dios desde el cielo y te darías cuenta de que todo está abarrotado y mugriento. Verías que muchas personas se empujan unas a otras incluso ahora, a las siete de la mañana. Los limpiadores de aspecto exhausto que acaban el turno de madrugada caminan trabajosamente en dirección contraria a los jóvenes de ambos sexos que avanzan con energía vestidos con traje y botas, como jinetes de oficina. Hay vendedores, reparadores de teléfonos móviles, conductores de Uber, limpiacristales, vendedores de prensa gratuita y muchos, muchísimos hombres con chalecos reflectantes que hacen cosas incomprensibles con conos de tráfico.

Estamos ya casi a ras de suelo, zumbando ruidosamente mientras seguimos el trazado del tren ligero de las Docklands

cuyos pasajeros tratan de preservar su espacio a codazos. No nos engañemos, no queda otro remedio. Lo de coger un asiento ya lo han dejado por imposible a la altura de Gallions Reach, pero los hay que aún tienen la esperanza de conseguir un hueco donde poder ir de pie sin quedar aplastados contra el sobaco de alguien. Los vagones huelen a café, a resaca, a halitosis, y es imposible desprenderse de la sensación de que a todos los pasajeros los han arrancado de la cama demasiado temprano. Ni siquiera la luz difuminada que empieza a asomar por el horizonte parece demasiado convencida, pero se va a tener que aguantar, porque la gran maquinaria de Londres se ha puesto en marcha y está esperando, hambrienta, siempre hambrienta, para tragarte, masticarte y sacar de ti todo lo que pueda antes de enviarte de vuelta a casa.

Y ahí está Flora MacKenzie, con los codos en posición, esperando para entrar en el pequeño tren sin conductor que la llevará al absurdo caos del *scalextric* de Bank Station. ¿La ves? Está entrando. Tiene el pelo de un color raro, muy muy pálido. No es rubia, pero tampoco pelirroja, sino de un tono rosado muy diluido, casi sin color. Y es muy alta, casi demasiado. Su piel es blanca como la leche y tiene los ojos de un tono pastel tan aguado que cuesta distinguir de qué color son. Vestida con una gabardina que no sabe si será demasiado fina o demasiado gruesa para ese día, sujeta con fuerza el bolso y el maletín.

En ese preciso momento, por la mañana temprano, Flora MacKenzie no piensa en si está triste o contenta, pero muy pronto eso adquirirá mucha importancia.

Si hubieras podido parar un momento para preguntarle cómo estaba, probablemente te habría respondido que estaba cansada. Porque así es como está todo el mundo en Londres: exhausto, agotado o histérico todo el tiempo porque..., bueno, nadie sabe exactamente por qué, pero parece que es obligatorio,

igual que caminar deprisa, hacer cola delante de restaurantes callejeros y no visitar el museo de cera de Madame Tussauds bajo ningún concepto.

Flora está pensando en si va a poder meterse en algún rincón donde leer su libro, y al mismo tiempo se está preguntando si la falda le aprieta un poco. (Son cosas que pueden pensarse de manera simultánea, seguro que te ha pasado alguna vez.) También se pregunta si la temperatura va a seguir subiendo y, en caso de que lo haga, si irá a trabajar con las piernas al aire. Eso es problemático por varias razones, y una de ellas es que la piel de Flora es blanca como la nieve y se resiste a dejar de serlo. Una vez probó el bronceado artificial, pero el resultado fue nefasto. Parecía que se hubiera metido en una piscina hinchable llena de bechamel, y cuando comenzó a andar las corvas le empezaron a sudar. (Nunca se había planteado que las corvas pudieran sudar.) Como su compañero de oficina Kai le hizo notar amablemente, tenía churretes blancos que goteaban por el bronceado. La piel de Kai es de color café con leche, algo que Flora le envidia muchísimo. La verdad es que su estación favorita para vivir en Londres es el otoño.

Ahora está pensando en la cita de Tinder que tuvo la otra noche. El tipo que por ordenador le había parecido tan majo empezó a burlarse de su acento desde el primer momento (igual que todo el mundo). Cuando se dio cuenta de que a ella no le hacían ninguna gracia sus burlas, le propuso saltarse la cena e ir a su casa inmediatamente. Flora suspira.

Tiene veintiséis años y puede demostrarlo gracias a las fotos de la bonita fiesta que celebró para la ocasión. Todo el mundo se emborrachó. Unos le aseguraban que encontraría novio cualquier día; otros, en cambio, se quejaban de que era imposible encontrar a nadie en Londres que valiera la pena. En la fiesta no había hombres. Bueno, sí, pero los que había estaban casados o

eran gais o mala gente. Aunque en realidad no todos se emborracharon, porque una de sus amigas estaba embarazada y no bebió. Era su primer embarazo y no hablaba de otra cosa. Trataba de disimular lo encantada que se sentía, pero no lo lograba. Flora se alegraba por ella, por supuesto. Ella no quería quedarse embarazada, pero igualmente se sintió un poco rara.

Flora va aplastada contra un hombre vestido de traje. Levanta la vista un segundo por si acaso, lo que es ridículo. Nunca lo ha visto usar el tren ligero. Él siempre llega al trabajo impecable, sin una arruga, y sabe que vive en el centro de Londres.

Durante su fiesta, sus amigas se guardaron mucho de preguntarle por su jefe, ni siquiera tras beber un par de copas de prosecco. Sí, el jefe del que está colgada de la manera más absurda e inútil.

Si alguna vez has estado pilladísima por alguien, sabrás lo que se siente. Kai es consciente de lo absurdo que es porque él también trabaja para Joel y sabe que es un cabrón de primera, pero no sirve de nada decírselo a Flora.

En todo caso, el hombre del tren no es él. Flora cree que es idiota por haber tenido la necesidad de comprobarlo. Cada vez que piensa en él, se siente como si tuviera catorce años. Sus pálidas mejillas no la ayudan, porque le resulta imposible disimular cuando se ruboriza. La situación es ridícula, absurda e inútil, pero no puede evitar sentir lo que siente.

Comprimida en el pequeño vagón, trata de leer en el Kindle sin caerse encima de nadie. De vez en cuando dirige una mirada soñadora hacia la ventana, porque la mente le bulle de ideas:

a) Va a tener un nuevo compañero de piso. La gente entra y sale a tanta velocidad de su piso victoriano compartido que apenas llega a conocerlos. La montaña de cartas de los que se han marchado no deja de crecer entre los esqueletos de bicicletas muertas. Flora piensa que alguien debería hacer algo con el correo, pero no hace nada.

b) Piensa en si debería volver a cambiar de piso.

c) Novio. Suspira.

d) ¿Le dará tiempo de entrar en el Pret A Manger?

e) ¿Debería cambiarse el color del pelo? Tal vez algo que pudiera quitarse con facilidad. ¿Le quedaría bien esa cera de color gris o parecería que le han salido canas?

f) La vida, el futuro, todo.

g) ¿Y si pinta su habitación del mismo color que el pelo? Supone que entonces tendría que mudarse obligatoriamente.

h) La felicidad y esas cosas.

i) Cutículas.

j) ¿Y si se lo tiñe de azul en vez de gris plateado? Aunque sólo fuera un mechón azul. ¿Sería aceptable en la oficina? Podría probárselo y, si no le convence, quitárselo inmediatamente.

k) ¿Un gato?

Y de este modo sigue de camino a su bufete en el centro de Londres, donde trabaja como pasante y donde no es particularmente feliz pero tampoco está triste, porque Flora piensa que así es la vida para todo el mundo, ¿no? Apretujarse en el tren y el metro, comer demasiado pastel cuando es el cumpleaños de alguien en la oficina. Jurarse ir al gimnasio al mediodía pero no ir. Quedarse mirando una pantalla tanto tiempo que se acaba con dolor de cabeza. Encargar demasiada ropa en ASOS y olvidarse de devolverla.

A veces va del metro a casa y a la oficina sin darse cuenta del tiempo que hace. Es simplemente un tedioso día más.

Aunque dentro de dos horas y cuarenta y cinco minutos ya no lo será.

2

Mientras tanto, a cinco kilómetros de allí en dirección oeste, una mujer rubia se estaba desgañitando.

Era preciosa. Incluso furiosa, falta de sueño tras una noche muy movidita y con el pelo alborotado, seguía siendo una belleza de largas piernas y piel clara.

A través de los cristales triples del ático llegaba amortiguado el sonido del tráfico. Las nubes bajas se posaban sobre las imponentes torres del *skyline* de Londres y sobre el Támesis —era una vista espectacular—, pero la previsión del tiempo había anunciado un día cálido y bochornoso. La rubia gritaba, pero Joel se limitaba a mirar por la ventana, lo que no ayudaba a resolver las cosas. Ella había empezado a hablar en tono agradable, proponiéndole que cenaran juntos esa noche, pero cuando Joel le había dejado claro que no estaba particularmente interesado y que, en realidad, tres citas eran más que suficientes para el resto de su vida, la actitud de la rubia había cambiado bruscamente y se había puesto a chillar porque no estaba acostumbrada a que la trataran así.

—¿Quieres saber cuál es tu problema?

Joel no quería saberlo.

—Crees que, en el fondo, eres una buena persona y que eso te permite comportarte como un hijo de la gran puta. Crees que hay buen fondo en ti, por algún lado, y que puedes ser bueno o malo a voluntad, pero no es cierto.

Joel se preguntó cuánto iba a durar la escena. Su psiquiatra no solía hablar con tanta franqueza como esa mujer. Quería una taza de café. No, primero quería que se largara y luego una taza de café. Se preguntó si echar un vistazo al móvil ayudaría a agilizar las coas. Y, sí, ayudó.

—¿Será posible? Pero ¿tú te has visto? Pues así eres, no hay más. A nadie le importa una mierda por lo que hayas pasado; tus acciones te definen, y tus acciones son una vergüenza.

—¿Has acabado? —se oyó decir Joel. La rubia parecía estar a punto de tirarle un zapato, pero en el último momento se contuvo y se vistió en silencio ofendida. Joel sabía que no debía mirarla, pero se había olvidado de lo guapísima que era y se quedó observándola, pestañeando.

—Que te jodan —le soltó ella. Llevaba una falda muy corta, tanto que iba a llamar la atención en el metro de vuelta a su casa.

—¿Quieres que te pida un Uber? —le preguntó.

—No, gracias —respondió con frialdad, aunque cambió de idea enseguida—. Sí. Pídeme uno ya.

Él volvió a coger el móvil.

—¿Dónde vives?

—¿No te acuerdas? Has estado en mi casa.

Joel parpadeó. No conocía Londres demasiado bien.

—Sí, claro...

Ella suspiró.

—En Shepherd's Bush.

—Claro.

Se hizo el silencio.

—Donde las dan las toman, Joel. Alguien te dará tu merecido.

Pero él ya se había levantado en busca de la cafetera. Por el camino revisó los correos electrónicos, preparándose para el día

que tenía por delante. Sabía que tenía pendiente algo de un caso, pero no se acordaba. Era algo bueno, pero ¿qué era?

A mil kilómetros de distancia en dirección norte, los hombres bajaban de los campos estirando los músculos. Los perros corrían entre sus piernas y los conejos salían huyendo a su paso. El viento que llegaba del mar era tan fresco como un limón helado bajo el cielo despejado y reluciente. Tras terminar las tareas de primera hora de la mañana, se dirigían a desayunar. A sus pies, sobre las piedras del puerto, los pescadores descargaban las capturas mientras cantaban y sus voces ascendían por el aire cristalino, llegando hasta las colinas:

¿Y qué creéis que harían con los ojos del pescadín?
Sing aber o vane sing aber o linn.
El mejor de los arenques para hacer un pastelín.
Sing aber o vane sing aber o linn.
Arenques, ojos, peces, pasteles sin fin.
Sing aber o vane sing aber o linn.
Canto a mis arenques, no tengo violín.
Sing aber o vane sing aber o linn.